

Título: Las últimas horas en el búnker.

Alumna: Ainara Bolívar Fernández

Edad: 16 años

Curso: 2º Bachillerato

Las últimas horas en el búnker

El búnker olía a humedad y desolación. Las paredes de hormigón parecían estrecharse, como si el peso del mundo exterior quisiera aplastarlo. Adolf Hitler caminaba lentamente por los estrechos pasillos. Su cuerpo, frágil, temblaba sin control, un síntoma más de la enfermedad que lo carcomía. Las luces apenas rompían la penumbra. A su lado, la sombra fiel de Eva Braun lo seguía, en silencio resignado.

El eco de los bombardeos retumbaba desde la superficie, vibrando en las entrañas del refugio. Cada explosión era un recordatorio de la inminente caída de Berlín y, por tanto, del Reich que soñó. Hitler, encorvado, miraba sin ver los planos que una vez proyectaron su dominio global. Todo se había reducido a escombros, tanto afuera como en su mente. El sol nunca más saldría para el Tercer Reich.

—Ya no queda nada... —murmuró, más para sí mismo que para los demás.

Eva, con sus rizos aún impecables y maquillaje aplicado, lo observaba en silencio. Sabía que su vida había sido una sombra constante de este hombre, siempre en los márgenes de su historia, pero ahora compartiría su final. Se acercó, deslizándose suavemente una mano sobre su brazo tembloroso. Hitler no apartó la mirada del suelo, pero reconoció el tacto de la única persona que permaneció a su lado en estos días.

—Es el momento —dijo él, con frialdad mecánica, como emitiendo una orden rutinaria.

Eva asintió sin una palabra y se dirigió a su habitación para cambiarse. Quería estar hermosa en su último acto, su pequeña rebeldía contra la decadencia que los rodeaba. Eligió un vestido de satén azul, su favorito.

Mientras tanto, en la sala de conferencias del búnker, Martin Bormann y algunos altos oficiales se reunían. Nadie se atrevía a pronunciar lo que todos sabían. Los informes hablaban de un Berlín en llamas, de tropas alemanas desertando en masa y de los rusos a metros de la Cancillería. No quedaban aliados ni esperanza, pero las palabras se ahogaban en el aire viciado del búnker, donde el silencio se mezclaba con el olor de cigarrillos apagados.

Hitler regresó a sus aposentos privados. Al pasar, rozó con la yema de los dedos el marco de una vieja fotografía con sus generales, hombres que ya no existían o que lo traicionaron. En su habitación, sobre la mesa de madera desgastada, dos cápsulas de cianuro esperaban su momento.

Eva lo alcanzó. Entró con una calma casi irreal. El satén azul de su vestido reflejaba la luz de la lámpara y, serena, se sentó frente a él. No hubo palabras de despedida ni declaraciones sentimentales; ambos habían aceptado su destino hacía tiempo. En un último gesto, ella sonrió débilmente, un adiós silencioso.

Él, con manos temblorosas, le ofreció la cápsula. Eva la tomó con delicadeza, como si fuera un regalo. Mientras ella la llevaba a los labios, Hitler tomó la suya. No miró a Eva mientras lo hacía; su mente estaba en otro lugar, en un mundo de recuerdos y sombras.

Mientras los gritos de la guerra al otro lado del búnker se volvían más agudos, Hitler sacó su pistola de un cajón. Cerró los ojos un momento, respirando por última vez el aire espeso del refugio. En su mente, tal vez, resonaban los discursos de multitudes y los días de gloria en que miles lo

vitoreaban como a un dios. Ese eco se fue apagando, sustituido por un vacío silencioso. Un disparo rompió el silencio, seguido del crujido de un cuerpo desplomándose sobre la silla.

Cuando sus colaboradores más leales, encabezados por Bormann, entraron en la habitación minutos después, el humo aún flotaba en el aire. El cuerpo de Hitler estaba desplomado, su rostro hundido sobre la mesa, mientras el veneno hacía su trabajo en Eva. En ese instante, la leyenda negra del Führer llegaba a su fin.

Al día siguiente, con los cuerpos carbonizados en el jardín de la Cancillería, los ecos de su régimen moribundo se extinguían en la bruma de la guerra. Afuera, el mundo continuaba girando, celebrando la muerte de Hitler, mientras en ese pequeño búnker bajo Berlín, el silencio se volvía eterno.